

diendo el equilibrio con tan repentino golpe.

—¿Que miente? ¡El es quien miente! Yo que soy monge, trage la noticia. Cirilo la sabe, y todos los judios que hay en el Delta la saben tambien hace una semana. ¡Perezcan así todos los enemigos del Señor, cogidos en sus propias redes!

Y atravesando desesperadamente por entre las mugeres que le rodeaban, el monge desapareció.

Un silencio pavoroso se difundió por la multitud. Durante un minuto cada hombre se paró á contemplar el rostro del que tenia al lado, como si deseara cortarle la cabeza para desembarazarse á lo menos de un testigo de su traicion. Luego empezó un tumulto, que Orestes trató en vano de dominar. Creyese ó no el populacho las plabras del monge, la mera posibilidad de que fuesen ciertas le habia herido de terror pánico. El aspirante á emperador, ronco á fuerza de negar y protestar, tuvo por último que llamar á sus guardias, en medio de los cuales él é Hipatia salieron del teatro como mejor les fué posible, mientras que la muchedumbre se esparció

por las calles y pudo leer en las paredes de todas las iglesias los carteles que Cirilo habia mandado fijar y que contenia los pormenores de la derrota de Heracliano.

CAPITULO XXIII.

NEMESIS.

HORRIBLE noche fué aquella en el palacio de Orestes. Su desconuelo, su rabia y terror eran tales y tan vergonzosos, que ninguno de sus esclavos se atrevia á acercarse á él; y hasta ya tarde no se aventuró su secretario de confianza, el eunuco caldeo, á entrar en la caverna del tigre, y solo lo hizo obligado por el miedo que tenia á los exasperados católicos, y para manifestarle la necesidad de tomar alguna determinacion.

¿Cuál tomaria? Estaba comprometido.... Cirilo era el único que sabia cuán profundamente. ¿Qué no habia descubierto el sagaz arzobispo? ¿Qué acusaciones contra él no dirigiria á la corte de Bizancio?

—Que las puertas estén custodiadas y que á nadie se permita salir de la ciudad, dijo el caldeo.

—¿Detener á frailes? Seria como tratar de detener ratones. No: lo que debemos es enviar un contra-informe, al instante.

—¿Qué he de decir? preguntó el secretario, sacando pluma y tintero de su ceñidor.

—¿Qué me importa? La primera mentira que se te ocurra. ¿Para qué te tengo yo aquí, sino para inventar una mentira cuando la necesite?

—Es verdad, nobilísimo señor.

Y el digno personaje se sentó á escribir. . . . pero sin darse mucha prisa.

—Nada veo que pueda librarte del apuro, sino el decir, con tu licencia, que Cirilo, y no tú, celebró la función de los gladiadores. ¿No seria esto creible?

Orestes se echó á reir á su pesar. El caldeo se ronrió y enseñó tambien los dientes. La victoria estaba ganada; y el prefecto, algo mas dueño de sí, empezó á dirigir su vulpino arte al único objeto de salvar su miserable cuello.

—No, eso seria demasiado bueno. Escribe que hemos descubierto un com-

plot fraguado por Cirilo, con el fin de incorporar todas las iglesias africanas (especifica á Cartago é Hipona) bajo su jurisdiccion, y negar la obediencia al patriarca de Constantinopla, si triunfase Heracliano.

El secretario aprobó la idea, y escribió esta vez de muy buena gana.

—Si triunfase Heracliano, dijo repitiendo la última frase de Orestes.

—Nosotros deseábamos por todos los medios posibles atraernos la voluntad del pueblo de Alejandria, y excitar como cumplia á nuestro deber, de un modo legitimo, su lealtad hacia el trono de los Césares (occúpelo el que quiera) en tan críticos momentos. . . .

—En tan críticos momentos.

—Pero como fieles católicos, y abominando hasta en la mas estremada necesidad el pecado de Uzzah, temiamos tocar con manos profanas el arca consagrada de la Iglesia, aunque fuese para conservarla. . . .

—Para conservarla.

—Que por lo mismo, como magistrados civiles, tuvimos que limitarnos á usar de aquellos medios permitidos por ley y costumbre á nuestra jurisdiccion,

á saber: dádivas, espectáculos y ejecución pública de rebeldes; medios en que desgraciadamente ha creído el santo patriarca, demasiado pronto quizá, hallar un motivo de queja contra los leales amigos de la sede bizantina, suponiendo que se trataba de aquellos juegos gladiatorios, tan repugnantes al espíritu de la Iglesia Católica, como á la caridad de los emperadores, quienes los han prohibido hace tiempo con sus piadosos edictos.

—Eres grande, sin duda.... pero (perdona la observacion de tu esclavo) mi sencillez es de opinion que pueden preguntarte por qué no informaste á la augusta Pulqueria de la conspiracion de Cirilo.

—Di que enviamos un mensajero hace tres meses; pero que.... Invento algo que le haya sucedido, estúpido, y sácame del apuro.

—¿Supondré que le mataron los árabes en las cercanías de Palmira?

—Deja ver.... No. Pudieran querer averiguar la verdad.... Lo mejor es decir que se ahogó, pues nadie irá á preguntar á los tiburones.

—Habiéndose ido á pique entre Ti-

ro y Creta, de cuya calamidad no se salvó mas que un hombre en una balsa, el cual, despues de estar expuesto durante tres semanas á la furia de los elementos, fué recogido por un buque que volvia de conducir granos.... A propósito, ¿qué diré de esos barcos de transporte que no se han hecho á la vela?

—¡Cabeza de Augusto! Me habia olvidado de ellos absolutamente. Di.... di que la peste estaba asolando el puerto de tal manera, que temí llevasen la infeccion á la capital del imperio, y haz que partan mañana.

La cara del secretario se dilató.

—Mi fidelidad se vé obligada á manifestarte, aunque incurra en tu justa indignacion, que la mitad de ellos han sido descargados á consecuencia de tus generosas dádivas de los dos últimos dias.

Orestes prorumpió en un juramento terrible.

—¡Oh! ¡Si la multitud no tuviese mas que una garganta, de modo que pudiera darle un emético! Bien, compraremos mas granos, no habrá otro remedio.

La cara del secretario se dilató aun mas.

— Los judíos, angustísimo...
— ¿Qué dicen? exclamó el infortunado prefecto.

— Mi asiduidad ha descubierto esta tarde que han estado comprando y exportando cuantas provisiones han podido obtener.

— ¡Bribones! Entonces sabían el desastre de Heracliano.

— Me temo que tu sagacidad ha acertado. Se les ha visto apostar en grande, contra el feliz éxito de su expedición la última semana, en Canope y en Pelusio.

— ¡La última semana! Entonces Miriam me engañó á sabiendas.

Y Orestes prorumpió en furiosos gritos.

— ¡Holá!... ¡qué venga el tribuno de la guardia! ¡Cien monedas de oro al hombre que me traiga viva á la hechicera!

— Es imposible cogerla viva.

— Pues muerta... que me la traigan de cualquier modo. Ve, perro caldeo... ¿Vacilas?

— Nobilísimo señor, dijo el secretario postrándose y besando los pies de su amo... Ten presente que tocar á

un judío, es tocarlos á todos. ¡Acuérdate de las escrituras! Acuérdate de... de... tu augusta reputación, en una palabra.

— Levántate, animal, y dime lo que quieres, como un ser humano. Si la vieja Miriam muere, con ella morirán mis escrituras, ¿no es así?

— ¡Ah, señor! Tú ignoras las costumbres de esa raza maldita. Los judíos se miran como hermanos, y se ayudan mutuamente sin retribución alguna; así, pueden saquear á todos y mudarse desde el primero hasta el último. No creas que tus escrituras están en manos de Miriam. Hace meses que han sido transferidas, y al presente tus verdaderos acreedores se encuentran en Cartago, Roma ó Bizancio, desde donde te atacarán; mientras que lo que hallarías si te apoderases de las propiedades de la vieja hechicera, se reduciría á papeles, inútiles para ti, pertenecientes á los judíos de todo el imperio, que se levantarían como un solo hombre en defensa de su dinero. Creeme, es una red interminable. Si tocas á uno, los tocas á todos... Además, mi diligencia, esperando una orden por el estilo, se ha tomado ya la libertad de averiguar el pa-

radero de Miriam; pero siento decirte que ninguno de tus criados lo conoce.

—¡Mientes! exclamó Orestes... Prefiero creer que has advertido á la vieja para que se pusiese en salvo.

Orestes acababa de decir, por la primera vez de su vida, la exacta verdad.

El secretario, que tenia tratos particulares con Miriam, sintió estremecerse todos los átomos de su piel al oír estas palabras, y á no haber sido calvo, sus cabellos le hubieran vendido poniéndosele como puas de erizo; pero aquella feliz circunstancia hizo que el turbante no se moviese de su lugar, cuando replicó en los siguientes terminos:

—¡Ay! el fiel servidor no puede sentir mayor disgusto que la sospecha imotivada del sol ante cuyos rayos pstra diariamente su...

—¡Malditas sean tus perifrasis! ¿Sabes dónde está la hechicera?

—¡No! contestó el miserable secretario, puesto ya en el caso de mentir directamente; y confirmó su negativa con tales juramentos, que Orestes detuvo su volubilidad con un bofetón; le sacó, bajo pena de ser sometido al tormento

si no accedia, mil monedas de oro para repartir á los soldados; y por último, encontró á los estacionarios alrededor de su palacio, con la doble idea de que le protegiesen en caso de alboroto, y de aumentar las probabilidades de ese mismo alboroto, dejando los barrios distantes de la ciudad sin nadie que vigilara.

—¡Si Cirilo cometiese una imprudencia, ahora que está envanecido con el triunfo... contra Ammonio, Hipatia ú otra persona cualquiera, dándome pretesto para caer sobre él! Al cabo, la verdad obra mejor que la mentira de tiempo en tiempo. ¡Oh, si pudiera envenenarle! Pero no hay medio de sobornar á esos eclesiásticos; y en cuanto al puñal, imposible hallar quien por ningún dinero se dicida á que los frailes le hagan pedazos. No, fuerza es aguardar hasta que la balanza de la fortuna se incline á mi favor. Los pedantes, como Aristides ó Epaminondas (gracias al cielo, su raza ha muerto mucho tiempo hace), llamarían á esto mal modo de gobernar una provincia; pero al fin, vale tanto como cualquiera de los actuales, ó de los que se presenten hasta la conclusión del mundo. Ni debe esperarse

que uno abra un nuevo camino; y en cuanto á mí, no me apartaré de la sabiduría de mis antepasados.

CAPITULO XXIV.

OVEJAS PERDIDAS.

Y Filemon? Largo tiempo permaneció en la calle, por la parte exterior del teatro, demasiado fuera de sí para resolverse á nada; y antes de recobrase, la multitud empezó á salir por todos lados y á llenar la calle, como corriente desbordada.

Entonces, habiendo oido el nombre de su hermana, en tono, ora de lástima, ora de desprecio y horror, mezclarse con sus coléricas exclamaciones, despertó de su letargo, y cruzando por en medio de la muchedumbre, se dirigió á la casa de Pelagia.

Estaba cerrada, y á sus repetidos golpes apareció en el postigo un negro de insolente cara.

Le preguntó con ardor é instintivamente por Pelagia, y el negro respon-

dió que no habia vuelto: Wulf tampoco estaba allí. Entonces se arrimó á la puerta y aguardó, latándole el corazón fuertemente con el temor y la esperanza.

Al fin se presentaron los godos, atravesando por entre la multitud en columna cerrada. No traian literas. ¿Dónde, pues, estaban Pelagia y sus amigos? ¿Dónde la aborrecida figura del Amal? ¿Dónde Wulf y Smid? Los godos venian precedidos por Godorico y Agilmundo, con los brazos cruzados, la frente arrugada y los ojos bajos: el áspero disgusto, no exento de vergüenza, que se retrataba en todas las fisonomías, recordó á Filemon nuevamente la infamia de su hermana.

Godorico pasó cerca de él, y Filemon preguntó por Wulf. . . . no atreviéndose á nombrar á Pelagia.

— ¡Fuera, perro griego! Bastante hemos visto hoy de lo que es capaz tu raza. ¿Cómo? ¿tratas de seguirnos?

Y el jóven desenvainó su espada tan rápidamente, que Filemon apenas tuvo tiempo para ponerse de un salto en medio de la calle, donde esperó ansioso hasta que la puerta se cerró otra vez,